

agitada por los secuaces de Iglesias como arma de combate, y por último se resistió á mostrar un expediente que debía servir de prueba en una acusación contra el mandatario, expediente que había sido tramitado en la sombra como tantos otros que sería difícil é imposible encontrar en los archivos públicos porque constituyen una prueba de la deshonra de los que fraguan planes tenebrosos y conspiran no contra el Estado, sino contra los ciudadanos desahectos á los gobiernos. Alguien ideó la original salida del Congreso, aquella declaratoria de que su decoro no le permitía seguir reunido, con la cual se facilitó al Ejecutivo el logro de su plan, de deshacerse de una cámara hostil á sus maléficis designios. La verdadera historia de aquella ocurrencia, muchos han creído descubrirla andando los años, siguiendo la cadena de complicidades que entonces se inició entre personajes políticos del país. Montero, que no se preciaba de ser héroe, pero que ofrecía permanecer en su silla hasta que la fuerza lo arrancara de ella, se opuso á tal salida y opinó que debía el Congreso declarar el enjuiciamiento del presidente; mas quedó casi solo—¡ya se ve!—El presidente Rodríguez y su ministro Iglesias vieron colmados sus deseos y dieron por disuelto el Congreso arrogándose ilegalmente todos los poderes de la Nación. Fué en aquella época memorable cuando don Ricardo Jiménez dejó su puesto de Presidente de la Corte Suprema de Justicia con un aviso por escrito á sus compañeros de las razones que tenía para hacerlo. Iglesias no tuvo ya más obstáculos para atrapar el poder de modo absoluto.

Las elecciones de 1894 son una de las más irritantes farsas que ha habido en Costa Rica, porque fueron manchadas con sangre de ciudadanos indefensos. Montero era postulado para la presidencia de la república por una parte muy respetable del pueblo, especialmente por la mayoría de los habitantes de esta capital, y, aunque el triunfo lo obtuvo, al parecer, don José Gregorio Trejos, á quien Iglesias se lo arrebató á sangre y fuego, todos los entendidos comprendieron que el tirano se desharía de Montero, el adversario formidable odiado á muerte.

Los acontecimientos que ese presentimiento vinieron á cumplir, se desarrollaron bien pronto. Para el 15 de setiembre del mismo año 1894, preparó Iglesias una ridícula revista militar en la Sabana y una pantomima de atentado contra la pequeñez de su persona. Sirvió de instrumento un pobre hombre á quien agentes de Iglesias suministraron una arma de fuego preparada para disparar sin hacer daño; lo colocaron en una esquina cuando la comitiva oficial volvía de la revista, rodeado de guardas que á su tiempo lo tomaron preso *del modo más humano*, y el hombre disparó sobre Iglesias, sin que nadie se espantara de verdad, excepto los caballos, únicos ignorantes del complot.

Los agentes del civilismo se echaron por esas calles á hablar de anarquía y la *Gaceta* estuvo publicando por muchos días las consabidas necedades. Inmediatamente fueron prendidos y torturados los más decididos partidarios de Montero y buscado éste como se busca á un criminal. El, inocente del papel que se le hacía representar en el sainete político, se hallaba á la sazón en sus terrenos del Naranjo ocupado en la formación de un cafetal. Cuando Montero fué avisado de la persecución sobre él recaída, se ocultó no sin disgusto y se negó á huir con la confianza, hija de su bondad, en que no podía ser condenado por ningún tribunal. ¡Lamentable error el de creer que sus enemigos, los que deseaban su sangre para dormir tranquilos sobre el montón de su ignominia, podían ser jueces imparciales! Por fin fué, como Jesús, vendido por una suma de dinero y entregado á aquel á quien llamó *tiranillo de zarzuela*, en pintoresco lenguaje, uno de nuestros más viejos pensadores. Largos meses pasó Montero en las cárceles, encerrado en una jaula de hierro destinada á los que llaman *grandes criminales*, confundido con los presos comunes, ultrajado por sus guardianes y viendo ultrajar hasta á los que lo visitaban, á su digna esposa inclusive. El, que debió haberse ahorrado toda defensa por inútil y haber contestado las preguntas de sus jueces con la saliva de su desprecio, tuvo la humildad de considerarse procesado, no prisionero político de un déspota sin escrúpulos, y demostró en vano la falsedad de los cargos que se le hacían. El proceso es una monstruosidad en que bajos agentes de Iglesias figuran como complicados en el plan de rebelión y asesinato del Presidente. Un tejido de maravillosas falsedades. ¿Existirá en alguna parte ese proceso para que puedan verlo los jóvenes de la actual generación?

Montero fué extrañado del país en 1895 junto con su amigo don Juan Bautista Jiménez Quirós y otros. También fueron condenados á extrañamiento otros individuos que no pasaron del muelle de Limón, en donde pudo vérselos después con uniforme de empleados de la aduana.

Ausente del país, aún tuvo Montero que sufrir persecución pues su correspondencia con sus amigos se vió á menudo interrumpida.

La nostalgia de estas tierras centroamericanas y el deseo de trabajar en su profesión, decidieron á Montero en 1897 á venirse de Europa en donde vivía. Pasó el Istmo de Panamá y navegaba hacia El Salvador, cuando murió; su cuerpo bajó al profundo é inmenso océano Pacífico, digno sepulcro de aquella energía nunca domada. No se han publicado los sucesos relativos al viaje y muerte de Montero, pero su familia los conoce bien: ella es la que puede decir si fué obra del crimen la pérdida de su amado padre. Mas si lo que vale para juzgar del fondo de este asunto

son las intenciones reveladas contra aquel ilustre repúblico costarricense, es evidente que si no lo asesinaron no fué por falta de deseos y de medios puestos al efecto, sino porque los planes de asesinato fueron frustrados por la casualidad.

Fresco está en la memoria de muchas personas el hecho de haber sido sorprendido una noche en el interior de la casa de Montero, estando la puerta de entrada abierta de par en par, un extranjero desconocido de aspecto sospechoso mirando hacia la pieza donde aquél se encontraba; este individuo huyó y habiendo sido perseguido por un policial, éste le disparó un tiro de revólver y lo hirió. Imposibilitado para continuar la fuga, fué capturado y se le encontraron armas ocultas. Poco tiempo después el tal sujeto desapareció misteriosamente y nadie ha podido saber jamás—aunque todos lo adivinan—qué mano dirigió en la sombra ese atentado.

Don Félix A. Montero es el Cristo de la democracia en Costa Rica. El recuerdo de su martirio es la bandera de protesta y de combate que hoy debe agitar ante la insensata aspiración de sus verdugos, con decisión inquebrantable el sentimiento público.

Absolviendo posiciones

Por allí, en un diario, se piden posiciones. ¿A quién? No lo sabemos. Acaso sea al público que lee las piezas oratorias cuasi anónimas que ese diario publica. Y como somos parte de ese público y conocemos de sobra la materia, vamos á absolverlas.

La pregunta dice: «En este período de mando ha sido ó no *independiente*, CON SOBERANÍA TOTAL nuestro Poder Legislativo?»

Contestamos que NO, desde luego. Cuando sea preciso dar las pruebas, recordaremos los mil incidentes de la cuestión bananera ante el Congreso y la última ELECCIÓN DE MAGISTRADOS.

El que don Ricardo Jiménez haya hecho en plena Cámara la apología más entusiasta del gobierno que esa ilusoria independencia ha concedido, no convence al país. Ello es, si acaso, una *dolorosa necesidad política* por él cumplida, que vino á enfriar la admiración que siempre nos mereció.

Y qué ¡vive Dios! acaso la presión y la violencia sólo son tales cuando se hacen á la manera de la tiranía torpe y empírica de Rafael Iglesias?

SASTRERIA de Ricardo Muñoz M.

Renovación constante de casimires ingleses y franceses

PRECIOS MAS BAJOS DE PLAZA

PUNTUALIDAD EN LA ENTREGA DE LAS OBRAS

Este taller cuenta con los mejores operarios de San José
Situado frente á la boletería del Teatro Nacional

PLATERIA PARIS

FRENTE AL

Parque Fernández y al Banco de C. Rica

Fábrica de alhajas sólidas y artísticas, trabajadas á satisfacción del más refinado gusto. Elegantes monogramas en esmaltes y toda clase de grabados. Compra o de alhajas destruidas.